



EL MAYOR EXITO DE BROADWAY 1970 ES UNA COMEDIA NUDISTA CONTRA EL TEATRO DEL DESNUDO

Nueva York. La muchacha aparece en el escenario como una muñeca: tiene un peluca rubia ondulada y los ojos y la boca muy maquillados, y lleva un vestido rosa que le llega casi hasta los tobillos, según las reglas de la época del charleston. Inmediatamente se crea un compás de espera dulce, muelle como las alfombras, que apenas si es roto por la llegada de un muchacho llamado Derek, el eterno joven de las comedias de hace cuarenta años, que todo lo sabe menos que la muchacha, que en realidad le ha invitado a su casa para presentarle a la familia, tiene unas ganas locas de quedarse completamente desnuda allí y en aquel momento precisamente, con un sol tan maravilloso como el que entra desde el jardín.

Con esta obertura se ha presentado en un escenario de Broadway, hace pocos días, el último hallazgo del teatro llamado burgués, que ha querido reivindicar, contra las intrusiones del off Broadway, su derecho a cantar la belleza del cuerpo desnudo. «Grin and bare it» no constituye ninguna excepción en ese sentido, porque, como todo el mundo sabe, el desnudo está de moda, y, a menos que en el último momento entre en acción la censura, lo que hasta ahora no ha hecho, podemos asegurar que esta comedia se mantendrá varios meses en cartel. Por otra parte, tiene todos sus papeles en regla: en la comedia se exhiben ocho cuerpos de diferentes edades, completamente desnudos, bajo una luz cegadora y durante casi hora y media. Todo pasa con naturalidad, todo es como de salón, y nada tiene que ver con el erotismo, que tantos estragos lleva haciendo en las plateas del mundo entero de unos años a esta parte.

Para ser precisos, el joven Derek tiene naturalmente al eros en su cabeza, pero es un eros tranquilo, de sanas intenciones. Estamos en Los Angeles en el verano de 1929, y nadie sabe todavía la ruina hacia la que se dirige la clase próspera americana. Además, Derek es del Este, de Boston para más señas, y descende de una familia tradicional y de costumbres bastante rígidas como es natural: madre descendiente de una «hija de la revolución», la «Mayflower», etc. Es, pues, un partido bien educado, de comportamiento impecable, elegante, que ha conseguido coronar, como se decía entonces, su sueño de

siempre: casarse con la muchacha de su corazón.

Un crítico presente en el ensayo general dice que con un gran ramo de rosas rojas que se hubiese añadido, habríamos tenido una tarjeta típica de la época. Pero no es esto lo que se nos ofrece, sino la astracana de la caída del joven Derek en las manos de una familia que nada tiene que envidiar a la suya en cuanto a moralidad y elegancia, excepto en un pequeño detalle: el nudismo, que la familia practica de la manera más coherente, incluso a la hora del té, que está a punto de sonar.

En previsión de este momento fatal, la bella Diana se retira «para prepararse», y Derek se queda solo.

Aquí es donde empiezan los problemas. Derek está solo en su habitación, esperando a que vuelva Diana, cuando llega rodando un balón desde el jardín, seguido por un joven exuberante, bronceado y desnudo, que, intuyendo que se trata del novio, le estrecha la mano afectuosamente: es el futuro cuñado. En este momento salta la chispa de la revancha de Broadway. Se alejan los recuerdos de «Hair», el musical tribal-amoroso que tanto éxito ha tenido en todo el mundo, y se convierten en riachuelo inofensivo los ríos de cultura psicodélica que parecían arrastrar en sus peligrosas ondas la revolución sexual de los nuevos tiempos. De golpe, el sexo se desdramatiza, se despolitiza y se banaliza, para resolverse en una alegre carcajada. Se derrumba la hegemonía del ideologismo pansexual, de las comedias desesperadamente «comprometidas» donde todo danza; texto, bacanales, velos, cuerpos humanos siempre sugerían una cosa: el sexo, donde se decía revolución castrista, por ejemplo, aunque refiriéndose, en realidad, a la revolución sexual, donde se despedazaba la forma humana en cien posturas diversas, cada una más agresiva que la otra, frente a espectadores aterrados por el miedo a ser considerados conformistas.

A los buenos burgueses de Broadway, Ken McGuire (que ha adaptado un trabajo original de Tom Cushing, fechado nada menos que en 1928) les proporciona un modo de gustar lo prohibido aunque sin miedo. No puede hablarse tampoco de voyeurismo, dado que el voyeurismo presupone siempre un encuentro sexual. No es que aquí no

¡A DESNUDARSE!

haya encuentro, que sí lo hay, pero entre dos conceptos de la vida obsoletos, referentes casi exclusivamente al vestido (¿ir o no vestidos?). Cuando Derek ve a esa especie de energúmeno que le extiende la mano, se imagina encontrarse frente a un loco. Pero el loco se dirige a él jovialmente, amigablemente. ¿Será él, el pobre Derek, el que está perdiendo el juicio? ¿Qué queda de la moral que frenaba entonces como, por otra parte, sigue frenando los ímpetus más genuinos del hombre?

Pero no hemos hecho más que empezar. Un minuto después, mientras el hermano de Diana está cómodamente sentado en el diván, he ahí que se presenta la camarera. «¿Y esa quién es?», grita Derek. Y el futuro cuñado le contesta: «¿Cómo, no se ve? Es la camarera. ¿No ves su delantal?». Claro que lo ha visto Derek: sólo que, aparte del delantal blanco, la camarera no lleva nada. Y se trata de una mujer gordísima, de formas enormes, pl-cassianas, como si el director Ronny Graham hubiese querido puntualizar que el cuerpo humano puede ser hermoso, pero también, ¿por qué no?, penosamente feo. Cosas que, reflexiona el espectador, habrán pasado por la cabeza del director, que no por la de los que forman la familia de Diana, ninguno de los cuales es ciertamente un modelo.

Pero la belleza reaparece con Diana, que al volver completamente desnuda casi le produce a Derek

un ataque cardíaco. «Mi corazón es tuyo, como lo es todo lo que tengo», exclama la muchacha, y Derek se sube por las paredes. ¿Es el final, la catástrofe de su vida? Parece ser que no: el amor es más fuerte, por lo menos momentáneamente. Derek acepta respetuosamente la ignominiosa realidad: sus futuros suegros, sus amigos, una tía prepotente y, naturalmente, el hermano de Diana y la propia Diana son todos nudistas. El jardín, que al principio le parecía tan acogedor, se convierte ahora en el lugar en donde se pone en práctica la doctrina que está llamado a aceptar. ¿A aceptar? Pero claro, dado que la hermosa Diana le plantea un dilema: «O vas detrás de aquel biombo y te desnudas o me pierdes para siempre», el joven termina obedeciendo, aunque no sin resistencia.

Mientras se produce el hecho que podría provocar un escándalo en la sociedad de Boston, llega todo el mundo, y el escenario se llena de gente desnuda, pero no muchachos de la generación de los años sesenta, sino los mismos burgueses que ocupan las butacas, la misma «middle class» satisfecha de la vida, pero que necesitaba aludir a las características estéticas de «estos» cuerpos: mujeres gordas, de pechos caídos, hombres panzudos y de músculos flácidos de tanto automóvil, todo ello para poder acentuar la desnudez. Además de Diana, hay otra hermosa muchacha, una morena de pechos perfectos, y su marido.

Pero está claro que falta en la comedia el elemento sexual, del mismo modo que falta la alusión, el estímulo. No hay más que una plana y hasta alucinante atmósfera naturista sin medias tintas. Como si se intentase rechazar mediante la perentoriedad de la evidencia todas las ambiciones de cultura contenidas en el otro teatro del desnudo. En una palabra, como si el bien alimentado espectador de Broadway dijese: está bien, nos habéis dado el desnudo en todas sus salsas, pero siempre con una mezcla de ambigüedad y pretenciosidad. Pues aquí tenéis la realidad de las cosas. A ese tipo de espectador le gusta ser un realista sin prejuicios.

De hecho, se trata de una obra cómica. Hay, es verdad, algún que otro discurso del padre de Diana, el rimbombante profesor Smith, que defiende la vida al aire libre y el nudismo en cualquier situación, incluso a la hora del té, pero son discursos sin auténtica convicción.

Lo único que queda es la tragedia sainetesca del pobre Derek, obligado, por amor, a fingirse también nudista. Pero no se trata más que de una excusa para poner en apuros al desdichado. Apuros que, como puede preverse fácilmente, terminan de forma gloriosa.

¿Podía faltar el «happy end» en una obra como ésta? Un «happy end» con todos los tópicos del teatro de la preguerra: la revelación de Derek de que no es ni será nunca nudista, la subsiguiente admisión, por parte de Diana, de que

prefiere la vergüenza del vestido y la renuncia a la herencia de la tía a quedarse desnuda y soltera, y finalmente, el golpe de escena final: Derek saliendo de detrás del biombo por última vez y jurando solemnemente que si por el amor de Diana tuviese que renunciar a los pantalones y a la camisa, lo haría, y en efecto lo hace. Entonces se dirige hacia el proscenio y declara impertérrito a los miles de espectadores que le miran: «Aprieten los dientes y desnúdense», que es, además, el título del espectáculo.

«Un espectáculo —me confiesa el crítico John Brook— que podría igualmente significar la muerte del teatro o la vuelta a una misión más moderada del mismo».

«Pero la sexualidad —interviene el actor Vincent Beck— necesita misterio. Si no, se cae en el riesgo de la vulgaridad o, en el mejor de los casos, el aburrimiento. No creo que sean muchos los que gusten de ver moverse en el escenario una serie de cuerpos caracterizados por su fealdad y sin siquiera el pudor que da la sombra. Desde mi punto de vista de actor, diría que se trata de un «tour de force» de los más difíciles, en el que apenas si se hacen concesiones al oficio o a la originalidad. Es como exhibir banderas viejas y gastadas».

«¿Quién nos asegura que este espectáculo no puede ser la gota que haga rebasar el vaso?».

De parecida opinión es la actriz Joanna Brun, a la que ofrecieron uno de los papeles del programa: «Se puede estar desnudo en un escenario de varias maneras. Y es algo tan corriente a estas alturas, que ya nadie hace caso. Sin embargo, en esta obra se va más allá de cierto límite. El público lo aplaudirá, se divertirá, hará que la obra sea un éxito, pero continuará hundiéndose sus ojos una desnudez sin defensas. Un pecho o un muslo no tienen, aquí, valor plástico, no son elementos de un discurso más amplio. Son sólo eso, un pecho y un muslo, y no importa que dos muchachas y algunos hombres sean hermosos: el cuerpo humano aparece en la obra como desfigurado. Sin haber mencionado el sexo, sin haber hecho pornografía, se ha conseguido el espectáculo más sucio del siglo».

No en vano lo llamó Tom Cushing, al escribir la primera versión de la misma, «La comedia irrepresentable». ■ ROMANO GIACCHETTI.

Cuatro azafatas-recepcionistas del aeropuerto Kai Tak, con sus nuevos uniformes de falda y pantalón, convertibles en «mini», según diseño de John Fung...

Las azafatas hacen un mini «strip-tease» sin malicia...

En la obra «Grin and bare it», que está alcanzando éxito en Broadway, el desnudo es ahora naturista, casi científico, como reacción a la escuela del «Hair» del off Broadway. Es una comedia nudista hecha contra el desnudo en la escena.

